

# pie de página

SEGUNDA EDICIÓN



## Ciudadanía: despertar o seguir muriendo

*Ciudadanía y amistad / 4-5*

*De tomar la palabra a recuperarla / 8-9*

*El carácter humanista de la ciudadanía feminista / 10-11*

*Ciudadanía, psicología y docencia / 16-17*

*Ciudadanía y cine / 20-21*

*Diccionario mínimo de Manuel González Prada / 24-25*

*El más público de los espacios / 26-27*

# Presentación

Segundo número de *Pie de Página*

Con mucho entusiasmo presentamos el segundo número de *Pie de Página*, en el que los profesores de la Universidad de Lima reflexionamos sobre el concepto de ciudadanía.

Dos hechos de la coyuntura convierten a esta reflexión multidisciplinaria en necesaria e incluso urgente: el primero es la batalla que el Perú está librando en estos momentos contra la corrupción; el segundo, el referéndum del 9 de diciembre.

En efecto, un hecho nefasto como es el uso indebido de los recursos públicos nos enfrenta al concepto de ciudadanía. No hay manera de indignarse frente a lo que está pasando sin, al mismo tiempo, hacerse preguntas relacionadas con nuestras posibilidades como ciudadanos: ¿por qué ocurren tantas cosas con nuestros dineros sin que lo sepamos?, ¿qué tipo de control debemos ejercer para que nuestro esfuerzo, traducido en impuestos, no termine en manos de malhechores?, ¿dónde está la falla y qué podemos hacer como comunidad para desterrar este problema? Si la ciudadanía es la participación en los asuntos públicos, la corrupción parece hablar de una no participación o de una participación fallida.

El otro hecho es la convocatoria a un referéndum para modificar algunos artículos de nuestra Constitución. La declarada intención de las reformas constitucionales sobre las que deberemos decidir el 9 de diciembre es, precisamente, mejorar los mecanismos legales para que la voz de los ciudadanos sea escuchada, o acaso deberíamos decir sea escuchada con más claridad, por las autoridades.

Aunque la ciudadanía es un tema de permanente reflexión en nuestro país, estos dos hechos, uno negativo y el otro, esperamos, promisorio, hacen que los ensayos que aquí presentamos merezcan una lectura atenta y comprometida.

*Carlos De la Puente*



# ÍNDICE

## PRESENTACIÓN

### CON TRATO SOCIAL

- Ciudadanía y amistad..... 4-5  
*Javier Díaz-Albertini*  
 De tomar la palabra a recuperarla..... 6-7  
*Fernando Iriarte*  
 Género, ciudadanía y las elecciones municipales..... 8-9  
*Melissa Madge*  
 El carácter humanista de la ciudadanía feminista..... 10-11  
*Juan Carlos Vela*

### CON FILO

- La gran conversación ciudadana..... 12-13  
*Carlos De la Puente*  
 ¿Ética ciudadana sin política?..... 14-15  
*Miguel Polo*

### EN MENTE

- Ciudadanía, psicología y docencia..... 16-17  
*Mónica Soto*

### MIRADA TEXTUAL

- Negro mar del vinilo..... 18-19  
*Alejandro Sustí*  
 Ciudadanía y cine ..... 20-21  
*Ricardo Bedoya*  
 Literatura y género en el Perú .... 22-23  
*Olga Saavedra*  
 Diccionario mínimo de Manuel González Prada..... 24-25  
*Alonso Rabí*

### A GRAN ESCALA

- El más público de los espacios.... 26-27  
*Enrique Bonilla*

### EL MURO DE GENERALES

- Entrevistas a alumnos de la Universidad de Lima ..... 28-29

**04**

CON TRATO SOCIAL



MIRADA TEXTUAL

**18**

**12**

CON FILO



A GRAN ESCALA

**26**

**16**

EN MENTE



MURO DE GENERALES

**28**



## CIUDADANÍA Y AMISTAD

Escrito por Javier Díaz-Albertini\*

Hace años el politólogo Maurice Duverger (1982) nos hacía recordar que casi todas nuestras relaciones son desiguales. Decía que resultaba bastante difícil encontrar interacciones sociales en las cuales no existieran claras diferencias de poder. Por ejemplo, las jerarquías son evidentes al interior de la familia, comunidad, escuela, relación de pareja y también en la Iglesia y empresa, entre otras instituciones. Duverger pensaba, aunque no totalmente convencido, que las relaciones basadas en la amistad o en el contrato quizás, de alguna manera, lograban acercarse a lo igualitario. La ciudadanía, a su vez, también alcanzaba esa condición, porque es

parte del “contrato social” que define a la democracia.

Más allá de esta primera similitud, entre la amistad y la ciudadanía hay muchos parecidos, pero también una enorme diferencia. Las relaciones de amistad en la niñez son las que consolidan la noción y práctica de la igualdad, el respeto y la solidaridad, pero en la adultez estos mismos conducen al amiguismo (o particularismo) que alienta la excepción, exclusión e intolerancia. Veamos brevemente esta compleja relación.

Todos somos amigos antes de ser ciudadanos, sea en términos jurídicos o de autoconciencia. Por ello, por un período relativamente

largo de tiempo en nuestra niñez y pubertad, la amistad es nuestra primera y única gran experiencia de igualdad. El niño o niña, cuando experimenta la relación amical, percibe la gran diferencia con respecto a lo que vive al interior de su propia familia en donde domina la patria potestad y el poder casi absoluto de los padres y adultos. En cambio, entre amigos reina un sentimiento de horizontalidad, expresado en el compañerismo, la solidaridad y la lealtad.

Asimismo, se trata de una relación que nos lleva a interactuar con personas diversas porque trasciende el mundo pequeño de la familia y parientes. Implica necesariamente el respeto,

otro aspecto esencial en toda relación de amistad y que también está presente entre ciudadanos. Cuando somos pequeños, aún no estamos contaminados por las clasificaciones discriminatorias de los adultos –clase, raza, origen étnico, sexo- y nos hacemos amigos de cualquiera, muchas veces para el espanto de nuestros padres.

Es evidente que los padres y las madres influyen notablemente en quiénes serán nuestros amigos, porque determinan con quién andamos y dónde vivimos (barrio), estudiamos (promoción), pasamos nuestro tiempo de ocio (club, playa, taller, deporte), rendimos culto (parroquia), etc.

Pero jamás pueden “forzar” amistades, a pesar de sus intentos. Por eso resulta gracioso –o patético– cuando los padres intentan que sus hijos sean amigos de los hijos de sus mejores amigos. Rara vez funciona, porque la amistad es voluntaria y sumamente personal.

Un aspecto más acerca la amistad a la ciudadanía: la internalización de un código común de normas habitualmente basadas en la reciprocidad. Entre los amigos funciona lo que George Homans, en su teoría del intercambio, llamaba la justicia redistributiva: “hoy por mí, mañana por ti”. Una amistad sin reciprocidad no dura, porque los seres humanos, en relaciones horizontales, detestamos dar y no recibir, es decir, ser “usados”. Por el contrario, un grupo de amigos se distingue porque todos se deben favores y esa reciprocidad anima un espíritu de obligaciones mutuas que ayudan a cimentar más aún sus relaciones.

Esto no quiere decir que no existan diferencias de poder entre amigos. Son múltiples los estudios que muestran que en los grupos de amistad se crean patrones desiguales de poder y liderazgo. Siempre habrá el que propone y los que segundan. Esto también ocurre entre ciudadanos, porque varía enormemente el poder estructural entre unos y otros. Lo importante, sin embargo, no es la desigualdad en sí, sino el hecho de que son patrones aceptados en forma explícita e implícita por todos. Es decir, es una diferenciación que goza de legitimidad.

## “Una de las principales razones por las cuales no distinguimos las diferencias entre lo particular y lo universal es la debilidad de nuestras instituciones democráticas.”

Como mencioné anteriormente, todo lo dicho aplica principalmente a la amistad en los primeros años de vida. Resumiendo, en esta etapa hay un gran parecido entre la amistad y la ciudadanía en el sentido de la igualdad, solidaridad, respeto y el compartir reglas y valores comunes. En este periodo, la amistad nos permite ampliar nuestros horizontes al abrirnos un universo de relaciones no familiares. No obstante, al crecer y al abrirnos al resto del mundo, la amistad excluye y debemos construir nuevas formas de relacionamiento que garanticen las prácticas ciudadanas.

En un conocido ensayo, Martí Santos Anaya (1999) escribe que los ciudadanos deben ser tratados como “individuos anónimos” en el sentido que todos son iguales ante la ley. En este contexto, incluso, los describe como “gotas de agua”: todos idénticos con respecto a derechos y deberes. En la relación ciudadana dejamos de ser “personas”, en el sentido de tener linaje, cantidad de ingresos y propiedades, nivel de educación y cierta apariencia. En su lugar, reina la universalidad. Y ahí es donde la amistad y la ciudadanía parten camino. La relación amical es particularista. Es un “nosotros” limitado a unos cuantos selectos que los tratamos, como dijimos anteriormente, como igua-

les, con respeto y solidaridad. Pero hasta ellos llega este tratamiento, porque la amistad tiene fronteras muy definidas que segregan y discriminan.

A diferencia de la amistad, no seleccionamos a nuestros conciudadanos, lo que significa que hacia ellos no necesariamente sentiremos la simpatía que surge de la cercanía y afectos positivos. Le debo respeto no por la relación personal, sino por su condición como miembro de una comunidad política. Entablo relaciones de reciprocidad, pero no por compartir una biografía de favores hechos y recibidos, sino por el cumplimiento de las normas de convivencia democrática.

Precisamente uno de los grandes problemas que enfrentamos en el Perú es que no diferenciamos lo particular de lo universal. François Vallaëys (2001) nos dice que esto ocurre porque existe “el choque frontal y la perversa mescolanza entre dos universos morales” (p. 74). El primer universo moral es tradicional y promueve el seguimiento a valores con base en la amistad, el grupo solidario y la lealtad. El segundo universo es moderno, lo heredamos de la cultura occidental y se construye sobre reglas abstractas, universales y racionales. La perversa mescolanza que menciona este autor es capturada en

toda su esencia en el dicho: “A los enemigos, la ley; a los amigos, ¡todo!”. Lo tristemente curioso es que variaciones de este dicho se encuentran en varios países latinoamericanos.

Una de las principales razones por las cuales no distinguimos las diferencias entre lo particular y lo universal es la debilidad de nuestras instituciones democráticas. En todas las democracias modernas se vive lo personal (familia, amigo, barrio) y lo universal (derechos, deberes, meritocracia). Lo importante es reconocer el lugar de cada uno y no confundirlos. Sin embargo, si las instituciones se mueven por el amiguismo, la vara, el tráfico de influencia y la corrupción, lo universalista se deja de lado y la ciudadanía se resiente.

Volvamos a los niños y niñas. Es evidente que la amistad es una de las relaciones que deben cultivar por todas las razones que esgrimimos anteriormente. Pero no es suficiente para formarlos como ciudadanos. Una parte esencial de su crianza es que aprendan a considerar y respetar a los que están más allá del círculo de la familia y la amistad. Y con especial énfasis a los que –por razones estructurales– tienen menor estatus y poder.

*Bibliografía*  
 Duverger, Maurice. 1982. *Sociología Política*. Barcelona, Ariel.  
 Santos Anaya, Martín. 1999. *¿Sabes con quién estás hablando?* Lima: Instituto de Defensa Legal.  
 Vallaëys, François. 2002. *Ética y desarrollo. Pobreza y Desarrollo en el Perú*. Lima: Oxfam.

# DE TOMAR LA PALABRA A RECUPERARLA

Escrito por Fernando Iriarte\*

No hay ejercicio más saludable que confrontar a una persona con sus propias palabras. Si la persona se dedica a la política, el ejercicio pasa de ser saludable a ser necesario: solo los locutores dependen más de cuidar lo que dicen que los políticos. O al menos eso ocurría antes.

En el origen de la democracia, en la Grecia clásica, la participación política estaba supeditada a la toma de la palabra en el *agora*, es decir, en el equivalente actual de las calles, las plazas y las redes sociales. Dos circunstancias podían impedir *de facto* el cumplimiento de esa condición, el nulo interés del ciudadano por la política (lo que lo convertía, a ojos de la sociedad, en un *idiotes*, palabra griega de donde proviene la actual *idiota*) o la incapacidad de expresarse en público con un lenguaje claro y convincente. Formarse en la oratoria era una necesidad que hoy parece un poco extravagante. Se trataba de un

deber cívico antes que del camino para el ascenso laboral.

No es extraño entonces que la retórica, la disciplina encargada de formar a los oradores, haya gozado de tanto prestigio durante siglos, si bien con altibajos. Ya los mismos griegos fueron suspicaces frente al poder cautivador de las palabras vacías, como a veces pueden estarlo, de un real fundamento. La condena a profesores de retórica (sofistas) de parte de los filósofos es por todos conocida, así como la posterior desgracia del rey Lear, quien confió en las hijas que mejor endulzaron su oído y no en la que lo quería realmente. Sin embargo, el divorcio entre el ejercicio del poder y la palabra nunca fue definitivo, como lo muestra cualquier compilado de discursos políticos célebres: sin ciertas alocuciones públicas ("París liberada" de Charles de Gaulle, "Yo tengo un sueño" de Martin Luther King, "Fin de la 'guerra fría' y nuevo orden mundial" de

Mijaíl Gorbachov, etc.), no tendríamos cómo haber dado por concluidos los momentos estelares (y los otros) de la humanidad. No de una manera significativa y perdurable.

Llama la atención y preocupa que hoy el panorama sea tan diferente. La palabra ha sido ferozmente devaluada. Los políticos que el lunes afirman la conveniencia de A, cierran la semana apoyando con toda su energía la necesidad de no A, sin que el sonrojo o el principio de no contradicción los altere. O callan, para estar como ausentes, y vuelven después de algunos meses al espacio público como si nada hubiera sido dicho. Seleccione tres o cuatro políticos al azar y revise sus trayectorias. Las líneas rectas son excepcionales en un escenario donde los más sinuosos cambios de opinión, de bando o de ideología (es decir, de palabras) son la norma.

Para los politólogos, las palabras devaluadas en

promesas políticas baratas son un síntoma de los populismos en auge. El populismo es la enfermedad por la cual la democracia se exagera y sucumbe frente a sus propios principios: la voluntad popular salta los mecanismos institucionales que en tiempos calmos la canalizan y establece pactos erráticos y de un pragmatismo de corto plazo con el líder carismático, que se presenta como una encarnación de los deseos del pueblo y como conocedor de primera mano de las vías para su satisfacción. No es raro que la descomposición de la democracia, un sistema político que depende tanto del uso de la palabra, arrastre consigo la calidad de esta.

Ahora bien, no importa cuánto esfuerzo verbal comprometa el demagogo para encandilar a las multitudes, las palabras siempre estarán más allá de su capacidad de control. Lo afirmaba Ferdinand de Saussure: la lengua está completa en todos, nunca en alguien.

Las palabras están allí desde mucho antes y seguirán allí una vez que su usuario de turno deje de existir. Aprender a hacer política es aprender a usar palabras de otros, a ser parte de un mecanismo que parece completamente controlado por el orador, pero que en realidad obedece a una compleja mecánica de determinaciones colectivas con claros antecedentes históricos.

¿Se trata de validar la vieja frase marxista “la tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos”? Difícilmente. El vínculo entre los políticos actuales y la tradición es solo la muestra de un poco sutil canibalismo simbólico. Se trata, más bien, de señalar un despilfarro. Los populis-

tas siempre hablan (o twit-tean) mucho, y esa extensión es el correlato perfecto de su gran necesidad: desvanecerse en las pasiones populares que los empoderan y, al mismo tiempo, los disuelven como sujetos. **A diferencia de lo que normalmente se piensa, el populista no conduce a las masas, solo se recuesta en ellas sin mediaciones.** Esa fusión se refleja en el lenguaje: el todopoderoso líder solo puede decir lo que el pueblo quiere escuchar. Es decir, todo y nada.

El político populista no hará esfuerzo alguno por revertir esa situación. Se siente cómodo en el lugar que ocupa, aunque su rasgo distintivo sea la nulidad individual. Su voz es apenas la de un malestar colectivo. Un verdadero poder,

en un contexto como este, pasaría por articular nuevas formas de relacionarnos, ser un punto de apoyo en el imaginario colectivo que nos lleve más allá de nuestras posibilidades presentes. Para conquistar un poder de esa naturaleza, el político tiene que ser alguien, y para eso sus palabras deben ser auténticas, guiadas por la fuerza de una propuesta legítima que enfrente las pasiones populares nocivas con el fin de educarlas. En las antípodas del discurso populista está, como es nítido, el discurso docente.

Pocos peces mueren ya por la boca y los políticos que antes eran esclavos de sus palabras, ahora lo son de sus voceros y tan solo provisionalmente, porque estos se multiplican y se

reemplazan según las conveniencias, las nuevas tácticas del ajedrez mediático donde muchas veces se recomienda el silencio, la desaparición pública, para incentivar el olvido o sondear la opinión y regresar con la boca llena no de lo necesario, sino de lo agradable (muy bien delimitado por los ‘encuesteros’).

De la comunidad depende reconocer el empobrecimiento de las palabras que se vive en estos días y ser parte de un diálogo donde se controle el peso de estas: su legitimidad, su entereza. Hacerlo, más que una exquisitez, es un acto político decisivo y una de las maneras más eficaces de desactivar el populismo rampante.

**“A diferencia de lo que normalmente se piensa, el populista no conduce a las masas, solo se recuesta en ellas sin mediaciones. Esa fusión se refleja en el lenguaje: el todopoderoso líder solo puede decir lo que el pueblo quiere escuchar. Es decir, todo y nada.”**

# GÉNERO, CIUDADANÍA Y LAS ELECCIONES MUNICIPALES

Escrito por Melissa Madge\*

Considerando el desconocimiento sobre el término “feminismo”, para explicar su significado encuentro útil hablar antes del racismo. Mestizos, caucásicos, afrodescendientes. Hombres, mujeres. Sí, las diferencias biológicas son evidentes, pero estas no son determinantes en la mayoría de situaciones sociales que nos importan: roles domésticos, labor social, trabajo académico, acceso a espacios públicos, uso de la razón. La lista sigue.

Para hablar de ciudadanía, en cambio, siempre he enfrentado más problemas. ¿Hablamos de pertenencia o tal vez de comunidad? El problema es que no parece haber una sola comunidad (a excepción de si hablamos del Mundial de Fútbol, claro está) ni un sentido definido de pertenencia.

Ahora, si combinamos ambos ingredientes, la reflexión sobre el feminismo y la ciudadanía, la complejidad se multiplica: ¿qué es ser una ciudadana peruana?, ¿están mis derechos defendidos

por la ley?, ¿están mis intereses representados en los medios de comunicación o mis necesidades consideradas en las propuestas municipales de las últimas elecciones?

Al ser una ciudadana peruana, decidí buscar entre las propuestas municipales medidas concretas que aliviaran las inequidades y la violencia que sufre la mujer, pero solo encontré premisas vagas. Veo el porcentaje de votantes que eligieron a Urresti, un personaje con denuncias de violación durante el conflicto armado interno (entre otras), y creo entender por qué hay gente que lo quiere como alcalde: porque la violencia sexual no es realmente relevante ni lo es “el problema de género”. Para ellos (y ellas), supongo, no es tan relevante como “mantener el orden”. Digo “violencia sexual” (y sobre todo su impunidad) y se deben sumar el abuso psicológico y el machismo en todas sus formas.

Parece incomprensible que haya mujeres machistas, mujeres que encubran, defiendan o voten por

violadores. Creo que la dificultad de vincularse al feminismo se hace mayor cuando se observa que el motivo por el que somos relegadas es también “la raza”, el color de la piel, la plata, las cosas que uno puede pagar. No vemos todas las formas en las que nos humillamos mutuamente y preferimos desvirtuar aquellas que otros consideran más relevantes que las nuestras.

Y aquí regresamos a nuestra reflexión inicial: no se trata solamente de los roles femeninos. No se trata solo de la cultura donde “lo macho” es lo mejor. Es algo más transversal: es una lucha contra varios elementos estructurales que sostienen a los grupos de poder actuales. Los que asumen que ser blanco es mejor, que tener plata es tener educación, que ser heterosexual es moral. Hay muchas formas de discriminación y en esta ciudad, si no es en todo el país, están entreveradas.

No puede existir, por lo tanto, “feminismo puro”, aquí tiene que existir la visibilización de to-

dos los grupos vulnerables, que es casi inexistente en la política actual. En el plan de gobierno de Muñoz, nuestro futuro alcalde, encontramos una premisa sumamente ilusoria: "Lima se ha conformado históricamente como una ciudad que acoge la diversidad cultural". Se nota la ausencia de una mención a los

y las ciudadanas LGBT (que han sido un arma de combate para ganar votos conservadores) y la débil referencia a la inequidad de género.

Lo más sensato será entonces hablar de minorías, porque hablar de "feminismo" sin considerar otros grupos vulnerables

carece de asidero en la realidad. Esperemos que en la configuración de la política del futuro próximo y en la práctica del futuro alcalde de Lima haya mayor interés en la situación de todas las formas de vulnerabilidad que necesitan reconocerse para hablar de un concepto de ciudadanía más claro y más justo.



# EL CARÁCTER HUMANISTA DE LA CIUDADANÍA FEMINISTA



Escrito por Juan Carlos Vela\*

Las calles, el lenguaje, los medios de comunicación, las redes sociales son algunos de los articuladores donde se plasman y consolidan los discursos de las ciudadanías de hoy. Una de estas prácticas es la de las mujeres reunidas en el colectivo Ni Una Menos, movimiento latinoamericano contra la violencia hacia las mujeres, cuyo accionar constituye un ejemplo de lo difícil que es la conquis-

ta de los derechos ciudadanos. En este breve texto se expondrán dos razones sobre las repercusiones y la trascendencia de este movimiento que –por lo que veremos– debería vincularnos a todos como sociedad.

La primera cuestión es que Ni Una Menos se plantea en el contexto de una sociedad de mentalidades merced al machismo, el patriarcado y,

por ende, al conservadurismo que existen en el país, factores estos que explican el surgimiento del colectivo Con Mis Hijos No Te Metas, que es la antítesis del movimiento feminista. En este ambiente tiene cabida la campaña de desinformación emprendida por quienes sin duda cuentan con el derecho de educar a sus hijos según sus creencias, pero no el derecho de interferir y privar a la mayoría de

niños de una educación en la igualdad de género. Aduciendo que la propuesta curricular busca homosexualizar a los menores de edad, Con Mis Hijos No Te Metas perenniza la violencia hacia las mujeres, impidiendo de este modo que los niños y las niñas asuman desde la temprana edad valores como la equidad, el respeto, la tolerancia y la empatía respecto a los otros y a las otras. Se trata de una edu-



Marcha contra la violencia hacia la mujer. Sábado 13 de agosto del 2016. Lima - Perú. Fotos: Lorena Flores Agüero. Fuente: Flickr



cación de la sensibilidad que permita explicar que el género es construido socialmente, de modo que a lo que apunta el cambio es a la consecución de un género masculino alejado de la idea de la supremacía y a un género femenino distante del sometimiento.

El segundo aspecto, muy ligado al anterior, es entender que la igualdad de género está inspirada en

los valores humanistas. Para ello nos remitimos al artículo 2 de la Declaración Universal de Derechos Humanos de 1948 que indica que “toda persona tiene todos los derechos y libertades [...] sin distinción alguna de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de cualquier otra índole, origen nacional o social, posición económica, nacimiento o cualquier otra condición”. Este párrafo nos

instala en el terreno jurídico de la igualdad y –si queremos hablar en sentido laxo– también en el campo del amor, sin que importe ninguno de los prejuicios que aún en el Perú del siglo XXI nos siguen desuniendo como país.

Hay que entender que la lucha de las mujeres nos compete a los hombres, a la sociedad, al Estado y a la cultura: hombres más

humanos, sociedades más justas, un Estado laico y una cultura humanista. Pero no es fácil; prueba de ello es que el feminismo provoca detractores, en la medida que su discurso cuestiona a las estructuras de poderes reales y simbólicas históricamente androcéntricas. De ahí que el reto nos involucre a todos.



# ¿DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS?

## LA GRAN CONVERSACIÓN CIUDADANA

Escrito por Carlos De La Puente\*

Si uno pudiera escuchar todas las conversaciones y leer todas las que ocurren en redes, ¿qué encontraría? Imaginemos que llevamos a cabo esta suerte de espionaje en la Universidad de Lima. Seguramente escucharíamos y leeríamos sobre romances, exámenes, fiestas, "reus", música, trabajos para la universidad, la práctica preprofesional, sobre chicos y chicas, arte, fútbol, tal clase aburrida y la otra entretenida, modas, cine, teatro y un larguísimo etcétera. Y sería más o menos lo mismo en cualquier otra universidad o en cualquier otro grupo de jóvenes peruanos.

Todas las conversaciones repercuten en la evolución de la sociedad. Lo que charlamos en los cafés, en la universidad, en el trabajo, en la calle, en los micros, en el Facebook y en el twitter

es una parte del complejo proceso social a través del cual se modifican las leyes y la cultura. Pero de todos los temas que pueblan la conversación cotidiana, hay uno que influye mucho más en nuestras vidas y en la sociedad. Ese es la política. Mientras que las charlas sobre fútbol, por ejemplo, no determinan lo que pasa dentro del campo de juego -Gareca tuvo el acierto de ignorar olímpicamente la presión de las tribunas-, las que tratan sobre política son, en una democracia, el lugar donde se empieza a construir la marcha de la historia. En relación con las más importantes decisiones que deben tomar los gobernantes, los que están en la tribuna no son simples observadores.

Lo que se llama "opinión pública" comienza en efecto en los encuentros pequeños. El filósofo alemán

Jurgen Habermas ha explicado la importancia que los bares y los cafés tuvieron en Europa durante los siglos XVII y XVIII para el surgimiento de lo que llamamos hoy opinión pública. Se dice también que la revolución americana, que creó a los Estados Unidos de Norteamérica, se forjó en discusiones de taberna bajo el influjo de la cerveza. Por supuesto que los medios de comunicación son también actores fundamentales de esta gran charla colectiva. Pero el encuentro personal o en redes sociales juega desde entonces un papel insustituible.

En las próximas semanas veremos en nuestro país una presencia cada vez mayor de los temas políticos en nuestras conversaciones. Y será en esas charlas donde los peruanos forjaremos algo tan

importante para nuestros proyectos de vida como los cambios en la Constitución, "la ley de leyes".

Dado que esta decisión popular será crítica, es deseable que la gran conversación ciudadana que la preceda sea "buena". Pero ¿qué significa que una discusión pública sea buena? Algunos estudiosos dicen que es muy difícil responder directamente a esa pregunta y que más simple es señalar ejemplos de su contrario, es decir, de una deliberación colectiva mala. Así, dicen estos especialistas, la elección de Donald Trump hace dos años en Estados Unidos y la de Bolsonaro en Brasil hace unas semanas nos muestran lo contrario a una discusión social buena, nos muestran, esto es, una conversación pública descarrilada.



**“Los medios de comunicación y la propaganda se reparten la responsabilidad, pero también algo del problema parece estar en los espacios más pequeños.”**

Otros filósofos se han animado a definir las condiciones necesarias para un diálogo público bueno y por lo tanto democrático, y afirman que estas condiciones son dos: que nadie se crea superior cuando se conversa sobre los asuntos que conciernen a todos y que los participantes en estos diálogos acepten la prevalencia del mejor argumento. Igualdad y racionalidad, dos ideales de la democracia.

Sobre la racionalidad, un tema más filosófico si se quiere, nuevamente parece más fácil identificar lo irracional que definir lo racional. Un ejemplo claro de irracionalidad se presenta cuando alguien apoya una ley o a un movimiento que afecta sus derechos. En estos casos tenemos buenas razones para pensar que una distorsión se ha introducido en el proceso de

pensamiento de esa persona, lo que la ha llevado a decidir contra su propio interés. ¿Dónde está la falla en esos casos? Pregunta complicadísima. Los medios de comunicación y la propaganda se reparten la responsabilidad, pero también algo del problema parece estar en los espacios más pequeños.

Dado que podemos encontrar en la historia del Perú algunos ejemplos de decisiones colectivas irracionales, cabe preguntarse lo siguiente: ¿es posible hacer algo para que en nuestro día a día se dé una deliberación más racional?, ¿qué necesitamos para que los diálogos de los peruanos sobre política tengan rigor lógico y acepten como verdadero solo aquello sustentado en evidencias?





## ¿ÉTICA CIUDADANA SIN POLÍTICA?

Escrito por Miguel Polo\*

Los ciudadanos se sienten indignados por los audios de la corrupción. Síntoma de que necesitamos transformar nuestras instituciones públicas, pues al no cumplir sus fines estas han dejado de tener sentido. De esa manera, la legitimidad de la sociedad democrática corre peligro.

Los reclamos moralistas no dejan de aparecer, entre ellos los que hablan de la necesidad de una "ética ciudadana" que permita educar en virtudes al funcionario público como a los ciudadanos en general. Puede haber libros,

cursos, congresos, sobre ética ciudadana, pero ¿podrían tener algún impacto en la sociedad y su cultura? Creo que no, solo construiríamos ideales éticos de ciudadano abriendo las distancias entre las personas del pueblo, con sus preocupaciones diarias de sobrevivencia, y el deber ideal que académicos u organizaciones asumen que se necesita.

Al aumentar el tamaño de esa brecha, se obtiene el efecto indeseado: el ciudadano inseguro, agresivo, dogmático, feminicida, delinciente, drogadicto, irra-

cional, etc. Nos refugiamos en el ideal de buen ciudadano y el péndulo de la realidad se va al otro extremo, transitando entre los hechos descarnados y la pureza del ideal.

¿Cómo llenamos ese espacio entre el ideal de ciudadano promedio que lucha diariamente y el ideal ético de ciudadano? Necesitamos generar puentes entre el hecho y el ideal, instituciones civiles de distinto tipo, grupos sociales y culturales que generen una movilización de la mente-corazón-cuerpo. Instituciones que promuevan el

debate constante de los problemas en los que estamos atrapados como país, como es la corrupción. De ese modo, los sujetos pueden contrastar sus puntos de vista, cuestionarlos y ampliar sus marcos mentales. Parafraseando a Arendt, la pluralidad y la palabra hacen posible el espacio político, terreno de lo nuevo. La ética no se aprende de los libros, sino de la convivencia dialógica con los otros.

Tomemos por caso el voluntariado. Es muy limitado ver al voluntariado solo como un movimiento de perso-

## “La corrupción política es un síntoma de que las instituciones políticas han perdido su razón de ser.”

nas éticas, generando valores como la solidaridad, la empatía, la compasión y la amistad, cuando eso mismo es también acción política llena de sentido, pues percibe necesidades humanas, genera grupos de diálogo y sinergia, empodera a la gente, afirma la vida. Ética y política son los dos rostros del voluntariado, así como de toda participación de la sociedad civil.

Un discurso sobre el ciudadano ético es abstracto. Además, termina culpabilizando al individuo al tildarlo

de inmoral por no controlar sus pasiones. Como si la persona ética (y el ciudadano) se construyesen sin tener en cuenta contextos e instituciones. Seres angelicales o demoniacos sin carne ni huesos. Por eso debemos tener cuidado de discursos moralizantes y ver otras variables presentes en la vida personal y social.

Ética sin política es moralista, idealista, inhumana. Lo mismo que la política sin ética es cínica, corrupta, de negociaciones de intereses privados, de olvido del

bien común. Eso hace decir, como defensa de sus acciones corruptas, “mis acciones no serán éticas, pero no son ilegales”. Y así, la ley deja de ser el sustento de la convivencia y se convierte en protectora de corruptos.

La corrupción política es un síntoma de que las instituciones políticas han perdido su razón de ser. Entonces, ¿qué vamos a hacer? ¿Solo un llamado a la ética? Obviamente, eso es superficial. Necesitamos abrir espacios de diálogo permanente, movilizar conciencias, dis-

cutir sobre cómo resolver esta descomposición de las instituciones públicas y, sobre todo, sobre qué país queremos. Y eso también es hacer política con sentido ético, pues se sustenta en el encuentro con el otro para construir un mundo común. Después de todo, lo que está en juego es el bien común, no de grupos, sino de todos los peruanos.





## CIUDADANÍA, PSICOLOGÍA Y DOCENCIA

Escrito por Mónica Soto\*

Ser estudiante universitario pasa no solo por desarrollar capacidades propias de una carrera y las competencias necesarias para triunfar en el mundo laboral, sino también por convertirse en un tipo particular de adulto y de ciudadano (Pease, M., Figallo, F. E Ysla, L., 2015). Por eso, no es exagerado afirmar que la labor docente influye en los alumnos de forma multidimensional, más allá del contenido y los objetivos de los cursos. El problema surge cuando nuestras expectativas no coinciden con la realidad. Muchas veces esperamos recibir potenciales ciudadanos, con cualidades y habilidades propias de un adulto joven, pero la realidad nos enseña que lo que recibimos son adolescentes tardíos.

Jeffrey Arnett (2004) afirma que, en las sociedades occidentales urbanas, la adolescencia implica ir asumiendo nuevos roles y responsabilidades sociales (citado en Pease et al., 2015, p. 68), lo que deriva (idealmente) en la asunción del rol ciudadano. Ahora bien, el ciudadano de hoy no solo cumple deberes y demanda derechos: está presente ejerciendo su rol en ámbitos cada vez más diversos como la empresa, el entorno virtual o los centros educativos. Cuéllar (2015) habla, de hecho, de nuevas ciudadanía, más democráticas, que revalorizan el sentido de lo

público y se alejan de esa protección excesiva de los derechos individuales característica del concepto en otros contextos históricos. Los docentes estamos, por lo tanto, frente a un reto mayúsculo cuya realización puede alcanzarse de mejor manera con ayuda de la psicología.

La psicología cumple un rol decisivo frente al desafío de formar ciudadanos. Mediante el estudio del comportamiento y los procesos mentales, se aproxima a la concepción de un ser humano social por naturaleza, cuyo desarrollo se basa en la interacción de herencia y ambiente. En ese ambiente incluimos factores de contexto como familia, vecindario, escuela, cultura, etc. Necesitamos a los otros para desarrollarnos, sobre todo en el ámbito psicosocial. Desde el primer vínculo que un bebé establece con sus cuidadores (apego), hasta el trabajo con equipos laborales que necesitan ser efectivos y productivos, pasando por la socialización como punto clave del adolescente, nuestras vivencias tienen al otro o los otros como un elemento fundamental de nuestro crecimiento y desarrollo. Esta convivencia afianza nuestras competencias ciudadanas en los distintos dominios vitales, y son las ideas y técnicas psicológicas las que sustentan gran parte de la gestión de dicha convivencia.



## **“Es fundamental que aceptemos, de la mano de la psicología, el rol que cumplimos en el desarrollo de estos jóvenes.”**

Un ejemplo concreto es el análisis del desarrollo moral, aquel avance cognitivo y emocional que permite que las personas tomemos decisiones cada vez más autónomas y realicemos acciones que reflejen una mayor preocupación por los demás y por el bien común. Al plantear su famosa teoría sobre el desarrollo moral, Kohlberg destaca la relevancia de lo social para la formación del individuo. El desarrollo moral, compuesto por tres niveles, atraviesa seis estadios jerarquizados que emergen de la relación del sujeto con su entorno social. Conforme avanzamos a nivel cognitivo y adoptamos roles sociales, desarrollamos nuestra moralidad. Pasamos por el nivel preconventional (actuación guiada por evitar el castigo, despreocupada de costumbres o convenciones sociales), el nivel convencional (la moral se orienta por el cumplimiento de normas, costumbres, expectativas de los otros) y el nivel posconvencional (decisiones morales generadas a partir de derechos, principios, beneficios sociales).

En ese sentido, aprendemos a ser ciudadanos poniendo en juego sentimientos y emociones, promoviendo la empatía y ge-

nerando el juicio moral (analizar, argumentar, dialogar sobre dilemas de vida cotidiana).

En síntesis, los docentes trabajamos en la universidad con adolescentes (tardíos, pero adolescentes al fin y al cabo), no con adultos. Somos, por lo tanto, parte de una formación que trasciende lo profesional. Es fundamental que aceptemos, de la mano de la psicología, el rol que cumplimos en el desarrollo de estos jóvenes. Cuanto más nos acerquemos a la comprensión del estudiante universitario actual, las posibilidades de influir verdaderamente en el surgimiento de ciudadanos críticos, empáticos y éticos serán mayores.

### *Referencias*

- Cuéllar, L. (2015). *Hablar de la ciudadanía desde la psicología*. Contextos, 13. Recuperado de <http://www.contextos-revista.com/Revista%2013/Con13-Art8.pdf>
- Pease, M., Figallo, F., Ysla, L. (2015). *Cognición, neurociencia y aprendizaje. El adolescente en la educación superior*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

*TIENDA de los discos, de altas repisas que exhibían las pastas de los LPs de 33rpm: casi todas ellas coincidían en la fulgurante muchacha que vestía el apenas diminuto bikini o las caras sonrientes y casuales de los integrantes de las bandas más famosas: The Beatles, The Bee Gees, The Rolling Stones. Caminaba desde mi casa y, a lo largo de esas cuadras, me entretenía imaginando cuál de aquellos discos me gustaría escuchar; pero, al llegar el umbral de la tienda y contemplar en ella el movimiento, me abandonaban las certezas.*

*Aun así, me acercaba a los discos como quien contempla un tesoro: a través de los colores y diseños de sus tapas, la tipografía o el dibujo de los nombres percibía la llamada de un mundo por entre cuyas calles y pasajes me perdía. Mundo de palabras e imágenes que debía atravesar para acceder a uno nuevo y sagrado. Así, mis visitas a la tienda de los discos eran como peregrinaciones a una meca entre cuyos muros, tapices y altares aprendía a orar y adorar a mis héroes y en la minúscula cabina en que me encerraba a escuchar su música, me sentía como delante de un confesionario ensayando una forma de plegaria o rezo que me acercaría a un dios cuya presencia solo surgiría en el momento en que sintiera el placer de los sonidos brotar del roce de la aguja montada en el vinilo.*

*(Fragmento de "Mundo acuático",  
texto incluido en el libro del autor, Staccatos)*

# NEGRO MAR DEL VINILO

Escrito por Alejandro Sustí\*

Aún conservo la fotografía: estoy al lado de una pesada radio Telephunken y mi primer tornamesas; en la pared del dormitorio el afiche de Santana y, a mis espaldas, la portada de "In a gadda-da-vida" de *Iron Butterfly*. Lo poco que sabía del mundo me llegaba a través de la pantalla de un televisor en blanco y negro, la página deportiva del diario o las ondas de mis programas favoritos en la radio. La música entonces era la cápsula a bordo de la cual me sentía seguro y a salvo: cabina-útero-pece-rama-máquina espacial, burbuja que me protegía del caos de la existencia.

Desde esa época la música despertó en mí la certeza de que era un ser humano capaz de sentir, de imaginar mundos alternos de los que podían surgir personajes, historias, paisajes, ciudades, sensaciones llevadas de la mano por melodías, armonías, ritmos, voces, instrumentos. No sabía hablar inglés, pero imaginaba lo que las palabras no podían decirme: en su ausencia me inventaba un lenguaje secreto que variaba su forma de acuerdo a mi estado de ánimo: de la rabia a la tristeza, la alegría a la ternura, del placer al hartazgo en materia de segundos.

Me pregunto cuántos muchachos como yo crecieron del mismo modo: a trompicones, inventándose un paisaje

interior en medio de las carencias y silencios de su época. La nuestra –lo sabemos ahora mejor– siempre ha sido una sociedad represiva, conservadora, discriminadora en la que los privilegios de unos pocos se han impuesto sobre las espaldas de los muchos y, entre esos muchos, han estado los adolescentes de ambos sexos. Quizás por todo ello el rock –que era la música que yo escuchaba– se convirtió en una forma de materializar el desencanto con el mundo de los viejos.

Me pregunto cuántos de esos muchachos se forjaron con esa música una identidad con la cual resistir la violencia y la indiferencia: imposible saberlo. La historia de esos muchachos no se ha escrito ni probablemente se escriba nunca, como falta aún escribirse la de muchos otros silenciosos habitantes de este planeta. En todo caso, a mí me cabe la certeza de que la música –y hablo en particular del rock– me ayudó a entender quién era y en qué me diferenciaba de los que iban al trabajo vestidos de saco y corbata, los aparentes dueños de este mundo que criaron a sus hijos como ellos habían sido criados y que decían amar a su país y pensaron que nos legarían una sociedad más justa. Ahora bien sabemos que nada de eso era cierto.

# Ciudadanía y *cine*

Escrito por Ricardo Bedoya\*

Algunas de las mejores películas del cine peruano en lo que va del siglo han tocado el tema de la ciudadanía. Lo han hecho de un modo indirecto, acaso para comprobar que es un asunto elusivo. Para los personajes de esas películas, la ciudadanía es esquivada.

¿Cómo pueden ser titulares de derechos y obligaciones si aún no se constituyen como sujetos? ¿Si se preguntan por una filiación incierta, si desconocen los lugares en los que yacen sus muertos, si sus memorias están formada por relatos incompletos? ¿Si comprueban el rechazo institucional cotidiano a sus demandas elementales? ¿Si no se sienten iguales?

En *Días de Santiago*, de Josué Méndez, el personaje principal es un licenciado del Ejército. Pese a su juventud, Santiago es veterano en el combate contra Sendero Luminoso y del conflicto en el Cenepa. Su vuelta a Lima es un regreso sin gloria. En la ciudad, las instituciones oficiales lo ignoran y se le niega hasta el crédito de

consumo que le permita rehacer su vida. Recorre las calles con gestos nerviosos y sobresaltos súbitos, como si tuviese esquivando los peligros de una emboscada o no pudiese desprenderse de los gestos de la guerra. El héroe de la patria es un extraño para todos: no se reconoce en su familia ni en los planes de sus viejos camaradas de armas. Es un superviviente. No es un ciudadano.

En *Paraíso*, de Héctor Gálvez, un grupo de jóvenes pasan sus días en Jardines del Paraíso, un asentamiento humano que se ubica en la periferia de la Lima metropolitana. Formado por ayacuchanos desplazados en los días del conflicto armado interno, el lugar es desértico. Solo un árbol añoso, de ramas secas, puede mantenerse en pie, aunque nadie sepa cómo. Los muchachos deambulan por el lugar. Desde lo más alto de esos jardines del paraíso gritan "mentadas de madre" a una Lima que los mantiene al margen. Una roca con perfil de inca preside el lugar. Es un inca que tiene un dominio soca-

vado; su territorio esta huaqueado y reseco. Para esos jóvenes, descendientes de desplazados de los Andes, el mito de Inkarrí no significa nada.

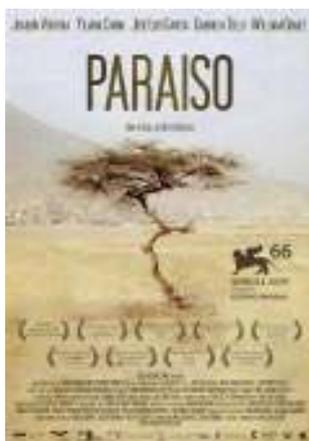
Una muchacha del grupo quiere conocer la identidad de su padre. Busca con ansiedad una foto que acredite su semejanza física con el hombre del que nunca vio una imagen. Según el relato materno, el padre fue un valiente funcionario asesinado por Sendero Luminoso. Pero la verdad se revela: fue engendrada en una violación colectiva cometida por militares.

Para ella, la línea de sucesión se quiebra de modo violento por un hecho del pasado que nunca fue restañado. Para el grupo, en ese lugar reseco no puede subsistir ningún mito fundacional. El sentido de filiación y de pertenencia, sustentos para una ciudadanía plena, no existe para esos jóvenes.

En el documental *Raccaya Umasi*, de Vicente Cueto, la cámara acompaña a los deudos de desaparecidos

en masacres cometidas durante los años ochenta. Asisten a una sesión convocada por el Equipo de Antropología Forense. Durante treinta años han esperado que devuelvan los restos de sus familiares. Ahora deben reconocer las prendas de vestir que se extrajeron de las tumbas clandestinas. Se proyectan imágenes de polos roídos, pantalones desteñidos, camisas deterioradas por el tiempo y la tierra del sepulcro. Es lo poco que queda. A diferencia de la mayoría de los peruanos que pueden acudir a un cementerio para honrar la memoria de sus muertos, estos deudos no pueden hacerlo. No son iguales al resto. No se concibe una noción de ciudadanía sin igualdad.

El cine, como todas las artes, toma la temperatura de la época. Nuestro cine, en estos casos, nos recuerda que hay realidades que contradicen muchos discursos oficiales.



Fotograma del documental *Raccaya - Umasi*. Fuente: Vimeo

**"¿Cómo pueden ser titulares de derechos y obligaciones si aún no se constituyen como sujetos? ¿Si se preguntan por una filiación incierta, si desconocen los lugares en los que yacen sus muertos, si sus memorias están formada por relatos incompletos? ¿Si comprueban el rechazo institucional cotidiano a sus demandas elementales? ¿Si no se sienten iguales?"**



# LITERATURA Y GÉNERO EN EL PERÚ

Escrito por Olga Saavedra\*

Se ha creído que el canon es la representación de la esencia cultural de una nación; no obstante, esto es completamente falso: el canon solo crea esa supuesta esencia cultural y la mantiene. Por ello, cuando mis estudiantes me preguntan por qué el corpus de la literatura peruana está tan poco poblado de mujeres, no tengo otra respuesta: no es que haya habido muy pocas escritoras o que la calidad de las que no aparecen haya sido muy mala, lo que ha habido, permanentemente, es un deseo de invisibilizarlas. Y esto se debe, fundamentalmente, a que esa "esencia cultural" encarnada en el canon es solo producto de una visión patriarcal heredada de la Colonia. Por ejemplo, cuando Amarilis, en el siglo XVII, le envió a Lope de Vega su famosa *Epístola a Abelardo*, publicada por él en *La Filomena* (1621), para el poeta no era ninguna sorpresa que una mujer fuera la autora, pues, en España, ya había una gran tradición de escritoras. Sin embargo, en el Perú, desde que apareció publicado dicho poema, algunos estudiosos y escritores de la literatura peruana se mostraron muy escépticos de que fuera un texto escrito por una mujer. Incluso, se creyó que era obra del propio Lope. El caso más llamativo de cuestionamiento a la autoría femenina de la obra provino de Ricardo Palma, quien sostuvo, en un

artículo de 1899, que Amarilis era hombre, así como Clarinda, la otra poeta anónima peruana. Su argumento se basaba en que, en el Perú, en esa época, la educación femenina era de muy baja calidad, por lo que dudaba de que una mujer fuera capaz de un estilo tan ilustrado. El de Amarilis, además, fue criticado burlescamente por él, pues lo calificó como el de una «comadre cotorrera». No obstante, uno se pregunta: si en México, casi en la misma época, apareció una poeta de la calidad de Sor Juana Inés de la Cruz, ¿por qué en el Virreynato del Perú, igualmente importante, no podía haber escritoras de ese nivel, autodidactas como ella?

Precisamente, en la época en que Ricardo Palma goza del mayor prestigio, aparece, en la escena intelectual peruana, un grupo muy importante de escritoras. Este, conformado por Clarinda Matto, Mercedes Cabello, Teresa González de Fanning, entre otras, formaron conjuntamente con Manuel González Prada el Círculo literario, en oposición al Club Literario, dirigido por Ricardo Palma. Así, mientras que este y los otros escritores románticos compartían un punto de vista conservador con respecto a la literatura, empleándola como una herramienta de apoyo al status quo y a los gobiernos de turno (como se recordará, su primer mecenas

fue Ramón Castilla), las tertulias de Clarinda Matto y su grupo promovieron una literatura comprometida, que buscaba profundos cambios sociales a favor de los indígenas y de las mujeres. Si bien estas tertulias eran llevadas a cabo en la casa de alguna escritora, fueron documentadas por la prensa, que publicó también buena parte de las obras leídas. De esta manera, las ideas que se generaban en el espacio privado salían al público y se producía una especie de "deconstrucción", pues si la sociedad patriarcal confinaba a las mujeres al hogar, ellas utilizaban precisamente este espacio para rebelarse.

No obstante, todas ellas, debido a su punto de vista tan revolucionario y anticlerical, fueron atacadas. En el caso de Clarinda Matto, su casa e imprenta fueron incendiadas, lo cual provo-



Clarinda Matto de Turner. Fuente: Public domain, via Wikimedia Commons



có su autoexilio en Argentina. En cuanto a Mercedes Cabello, tanto por su obra como por su activismo político, fue duramente criticada por autores como Ricardo Palma y Juan de Arona. Todo ello, sumado a la sífilis que padecía, la llevaron a su autoaislamiento.

El ataque que sufrieron ambas escritoras, en una etapa tan importante de la historia del país (después de la Guerra del Pacífico), es una muestra del peligro que significaban ellas para las clases dominantes (criollas, patriarcales y católicas). Y no era para menos: en ese momento histórico tan crucial, en el que

era necesario reinventar la nación para que no se cometieran los vicios del pasado, ellas buscaban un cambio radical de las estructuras sociales que permitiera la igualdad de derechos para todos los peruanos. Esta transformación debía producirse también a nivel educativo, por lo cual proponían una visión laica de la enseñanza que destruyera la cultura católica de la injusticia y la marginación, sobre todo a las mujeres y a los indígenas. Así, dicha revolución, a nivel social y educativo, permitiría ejercer plenamente la ciudadanía a aquellos seres excluidos históricamente.

Es cierto que, a lo largo del siglo XX, surgieron también otras escritoras importantes (Rosa Arciniega, Ángela Ramos, Magda Portal, Blanca Varela, Carmen Ollé, Pilar Dughi, Laura Riesco, Rocío Silva Santisteban, Giovana Pollarolo, Rossella di Paolo, entre otras); sin embargo, su obra no ha sido lo suficientemente difundida ni estudiada.

No obstante, desde comienzos de este siglo, hay un resurgimiento de la literatura peruana femenina, a partir de la publicación de un número considerable de obras de diverso género de autoras con gran calidad literaria (Irma del Águila, Yeniva Fernández, Nathaly Villena, Karina Pacheco, Susanne Noltenius, Kathya Adauí, Gabriela Wiener, etc.).

Este auge, que promueve también la lectura de las escritoras anteriores, debe ampliar el corpus de la literatura peruana, pues se trata de una necesidad: en el Perú, la literatura femenina no solo encarna la lucha de la mujer contra la marginación, sino, sobre todo, es un espacio de análisis y de crítica de las desigualdades sociales. Por ello, si buscamos forjar una nación inclusiva, en la que se respeten los derechos de todos los ciudadanos, es fundamental leer a las grandes escritoras peruanas.



*Casa de Clorinda Matto de Turner en Plaza Cusipata del Cusco. Fuente: Johnattan Rupire*

# DICCIONARIO MÍNIMO DE MANUEL GONZÁLEZ PRADA

Seleccionado por Alonso Rabí\*

*En la historia peruana pocos intelectuales tuvieron el temple y el nervio de Manuel González Prada, primer anarquista de nuestra tradición, ensayista polémico, poeta dotado de una visión que trascendió el modernismo hispano, en suma, un hombre de avanzada. Ejercer la ciudadanía hoy en día implica un libre y riguroso ejercicio de conciencia para entender críticamente el entorno. En eso fue también pionero González Prada. Su ejemplo, sin duda, merece superar cualquier frontera temporal. Hemos elegido aquí, de entre su vasta obra, algunos fragmentos que dan una idea de cómo este gran escritor y librepensador peruano canalizó su espíritu crítico. Cualquier coincidencia con la realidad actual es solo eso: coincidencia. (ARD)*

## **ANARQUÍA, ANARQUISTA**

“Anarquía y anarquista encierran lo contrario de lo que pretenden sus detractores. El ideal anárquico se pudiera resumir en dos líneas: la libertad ilimitada y el mayor bienestar posible del individuo, con la abolición del Estado y la propiedad individual. Si ha de censurarse algo al anarquista, censúresele su optimismo y la confianza en la bondad ingénita del hombre”.

## **ANTIPERIODISMO**

“Sin embargo, el periodismo no deja de producir enormes daños. Difunde una literatura de clichés o fórmulas estereotipadas, favorece la pereza intelectual de las muchedumbres y mata o adormece las iniciativas individuales. Abundan cerebros que no funcionan hasta que su diario les imprime la sacudida: especie de lámparas eléctricas, sólo se inflaman cuando la corriente parte de la oficina central”.

## **CONGRESOS**

“Volvemos a preguntar ¿de qué nos sirven los Congresos? sirven de prueba irrefragable para manifestar la incurable tontería de la muchedumbre, al dejarse dominar por una fracción de gentes maleables, a medio civilizar y hasta analfabetas, sin la más leve inclinación a lo bello ni a lo justo, con el solo instinto de husmear por qué lado vienen los honores y el dinero, o hablando sin mucha delicadeza, la ración de paja y grano”.

## **CRÍTICA**

“Todo cuadro, poema, estatua o partitura no es más que la Naturaleza divisada al través de un hombre: para comprenderles, necesitamos desvestimos de nuestra propia individualidad, encarnar en el cuerpo del artista, es decir, ver con sus ojos, palpar con sus manos, oír con sus oídos. De otro modo, le criticamos

injustamente, ya por lo que dejó de hacer conforme a nuestro ideal, ya por lo que hizo en disconformidad con nuestro modo de sentir. El alma del crítico debe ser el reflector de la obra del artista”.

## **HABLA Y LENGUAJE**

“No hablamos hoy como hablaban los conquistadores: las lenguas americanas nos proveen de neologismos que usamos con derecho, por no tener equivalentes en castellano, por expresar ideas exclusivamente nuestras, por nombrar cosas íntimamente relacionadas con nuestra vida. Hasta en la pronunciación ¡cuánto hemos cambiado! Tendemos a eludir la *n* en la partícula *trans*, i a cambiar por *s* la *x* de la preposición latina *ex*, antes de consonante, en principio de vocablo. Señores, el que habla en este momento ¿qué sería en alguna academia de Madrid? Casi un bárbaro, que pronuncia la *ll* como la *y*, confunde la *b* con la *i* no distingue la *s* de la *z* ni de la *c* en sus sonidos suaves”.

## **HÉROES**

“Los héroes de los antiguos tiempos lloraban como niños i mujeres; los hombres de hoy no sabemos, no queremos llorar, i cuando sentimos que las lágrimas pugnan por subir a nuestros ojos realizamos un supremo esfuerzo para detenerlas en lo íntimo del corazón”.

## **INTELECTUALES**

“Los intelectuales sirven de luz; pero no deben hacer de lazarillos, sobre todo en las tremendas crisis sociales donde el brazo ejecuta lo pensado por la cabeza”.

## **LIBRE PENSAMIENTO**

“Para pensar i escribir libremente, par’acometer empresas fecundas, se necesita aprovechar el fugitivo entusiasmo de la edad en que

el músculo guarda vigor y el cerebro lucidez. Cuando pasa la juventud, cuando mostramos la frente emblanquecida por las canas i escondemos la consciencia ennegrecida por las prevaricaciones, empiezan las sinuosidades en las ideas, las transacciones con el error i hasta los pueriles miedos de ultratumba. ¡Cuántos hombres dejan ver en sus últimos años la capucha del monje bajo el gorro frijo de la libertad!"

#### **LITERATURA PERUANA**

"Vicio capital de la literatura peruana, la fraseología. Tómese un diario i recórrase el editorial: ¿qué se encuentra? palabras. Tómese un semanario i léase las composiciones en verso: ¿que se encuentra? palabras. Estamos en el caso de repetir con Hamlet: ¡palabras, palabras i palabras!"

#### **ROBO**

"Refiriéndose al Perú, agregaríamos que el robo presenta los caracteres de una pandemia nacional: donde hay un duro y una mano peruana, hay noventinueve probabilidades contra una para que el duro desaparezca".

#### **VIDA Y MUERTE**

"¿Hai gran dolor en morir, o precede a la última crisis un insensible estado comatoso? La muerte unas veces nos deja morir i otras nos asesina. Algunos presentan indicios de con-

sumirse con suave lentitud, como esencia que s'escurre del frasco por imperceptible rajadura; pero otros sucumben desesperadamente, como si les arrancaran la vida, pedazo a pedazo, con tenazas de fuego. En la vejez se capitula, en la juventud se combate. Quién sabe la muerte sea: primero, un gran dolor o un pesado amodorramiento; después, un sueño invencible; en seguida, un frío polar; i por último, algo que s'evapora en el cerebro i algo que se marmoliza en el resto del organismo".

Fuentes:

*Páginas libres,*  
*Horas de Lucha,*  
*Propaganda y ataque.*



*Manuel González Prada (1905)*

# EL MÁS PÚBLICO DE LOS ESPACIOS

Escrito por Enrique Bonilla\*



Dice el politólogo norteamericano Robert Putman, uno de los mayores expertos en "capital social", que este es la capacidad de los individuos para integrarse. Señala que las relaciones humanas están planteadas a partir de dos conceptos que él propone y desarrolla, *bonding* y *bridging*, y que se pueden definir como exclusión e inclusión. Una sociedad –señala– está compuesta de ambas, que suelen retroalimentarse y equilibrarse entre sí. Además, Putman señala que una sociedad con mucho *bridging* será más sana que una donde predomine el *bonding*. Si interpretamos el espacio mediante estas dos categorías, es posible afirmar que existen los espacios de la exclusión y los espacios de la inclusión. Los espacios privados serán los primeros, y los espacios públicos, los pertenecientes a la segunda definición.

Partiendo de estos conceptos, pensemos en los espacios privados; por ejemplo, en la vivienda. La casa habitación es el lugar "nuestro", a donde marchamos cuando estamos cansados y donde nos encerramos junto a los que constitu-

yen nuestro *bonding* más simple: la familia. Consideramos también el trabajo, donde nuestras labores altamente especializadas generan una conciencia grupal, y el club, donde el grupo se amplía, pero mantiene siempre un carácter de exclusividad. Podríamos seguir ampliando la lista, pero realmente falta indicar que, entre estos tres casos –la casa habitación, la oficina o centro de trabajo y el club–, media un espacio que sirve para conectarnos y que este, a su vez, se conecta con muchos otros que pueden o no pertenecer a alguno de nuestros diferentes *bonding*. Son más bien puentes o *bridging* entre ellos y muchos más. Nos referimos al espacio público.

El espacio público se presenta a diversas escalas. La primera es la calle y dentro de ella la vereda y la calzada que diferencian peatones de vehículos. A algunos les cuesta pensar que estos son espacios públicos. Lo son, y su uso es muchas veces más intenso que el de los que consideramos los espacios públicos *per se*, es decir, los parques. Vemos las calles como espacios meramente funcionales

dedicados a la circulación, pero también son el primer espacio de interacción. La primera noción de lo público la tendrá el niño cuando salga a jugar a la vereda, donde el espacio exclusivo de la casa deja su lugar al espacio inclusivo la calle. Ahora bien, cuando una calle se cierra con rejas por motivos de supuesta seguridad, convierte en exclusivo lo inclusivo, pasa a ser de uso de algunos contra el derecho de muchos. La seguridad es, en realidad, el pretexto para apropiarse de aquello que debería ser de todos. Convertir lo público en privado es un indicador físico de que la sociedad está enferma o carece de capital social.

Si esto es negativo cuando ocurre con las calles, resulta mucho peor cuando sucede con los parques. En Lima, algunos parques públicos se cierran e, incluso, se cobra por su uso. Es el caso del Parque de la Reserva que, bajo el pretexto de alojar un circuito de aguas, está cerrado para todos aquellos que no pueden costear la entrada. Resulta particularmente singular que un parque que representa la unidad de un pueblo frente a un enemigo

externo, que se reunió allí para emprender sin distinciones de ningún tipo la defensa de su ciudad, sea hoy un parque cerrado.

Tal vez se trate del ejemplo más dramático del desentendimiento de lo público, no solo como un espacio de interacción y encuentro, sino como espacio de lo cívico y de la forja de los valores esenciales de la sociedad. Por contraste, la ciudad neoliberal nos ofrece espacios privados que se convierten en públicos o semipúblicos. Es el caso de los centros comerciales que se presentan como espacios seguros y hasta parecen inclusivos, pero persiguen un interés económico que genera, a la larga, otras formas de exclusión.

Usar intensamente los espacios públicos es participar plenamente de nuestra ciudadanía, un derecho al cual los habitantes de una ciudad no debemos renunciar. Hagamos de estos espacios un lugar de todos y para todos. Convirtámoslos en el más público de los espacios y veremos crecer en torno a ellos una sociedad sana.



Fuente: Peru Travel: Shopping in Lima, Flickr

# EL MURO DE GENERALES

En el Perú, en los últimos años, hemos vivido una incesante actividad política en las calles, empujada sobre todo por los jóvenes. Las marchas o las protestas en la vía pública son, para algunos, un canal legítimo de expresión del sentir ciudadano. Para otros, en cambio, la comunicación entre gobernantes y gobernados debe ser exclusivamente a través de las instituciones democráticas establecidas en la Constitución y en las leyes.

*Pie de Página* conversó con **cuatro estudiantes de la Universidad de Lima** para preguntarles qué piensan sobre el acto de protestar en las calles y si habían ido a alguna marcha política.



**VALENTINO RODRÍGUEZ**  
**22 años, estudiante de la Facultad de Comunicación.**

Fui a una marcha en el 2015. Últimamente no he ido. La razón principal es que no me gusta adherirme a una ideología o a un pensamiento, porque considero que aún hay mucha información que no conozco. Si tomo una posición ahora, estaría asumiendo varias cosas sobre las que no he investigado.

Además, hoy por hoy, honestamente, no siento una motivación por la cual luchar. Sé que lo negativo es que no investigo mucho sobre los temas, creo que en el fondo es básicamente desinterés. Si bien es correcto alzar la voz sobre un tema (y hay muchos por los cuales hacerlo, como la corrupción y el feminicidio), no me siento muy cómodo con el hecho de marchar; siento que no voy a lograr realmente un cambio.

Comprendo a la gente que cree que vale la pena, pero creo que su valor es más social que político.

**ANDREA JIMENEZ**

**22 años, estudiante de la Facultad de Comunicación.**

Nunca he ido a una marcha. En gran parte, no he ido porque le doy prioridad a otras cosas o por flojera, pero sé que hay personas cercanas a mí que participan en ellas.

Supongo que es una forma de manifestar la opinión de una gran cantidad de personas. Pero también vi en Facebook, hace tiempo, que convocaban a marchas por cualquier sinrazón y que por eso, de alguna manera, perdieron un poco de legitimidad. Ahora bien, contra Keiko y la corrupción, con el movimiento Ni Una Menos, los jóvenes participan, tienen mayor fuerza.

De cualquiera manera, si tengo algo que hacer, prefiero llevarlo a acabo antes de ir a una marcha. No sé si realmente sean efectivas. Llamen la atención de los medios, pero no veo una contribución real.



**KASSANDRA SOLÓRZANO**

**20 años, estudiante del Programa de Estudios Generales.**

Sí, he ido a un par en el último año. Creo que es muy importante asistir a una marcha, porque se manifiesta el poder de un colectivo, del ciudadano. Se necesita tener voluntad, aportar tiempo, capacidad para organizar y coordinar. Además, estas marchas son las que muchas veces deciden si una política pública puede ser o no viable. Considero, también, que en ellas se puede medir el grado de compromiso que tenemos para con nuestra ciudad o país.

Quizás no siempre empiecen con mucha gente, pero cuando se hace una buena difusión, incentivan a las personas a participar y a colaborar. Mientras más personas participen habrá una mejor visibilidad de las ideas del colectivo. Es un derecho manifestarse y qué mejor si es para un bien social.

**EZZIO RAMOS**

**22 años, estudiante de la Facultad de Comunicación.**

En los últimos dos años he ido a bastantes marchas. La que se hizo contra Keiko, la que se hizo contra la corrupción, también la que se hizo a favor de la comunidad LGTB. Siempre he creído que las marchas son una posibilidad de hacerse escuchar y tratar de cambiar algo de la sociedad.

Yo crecí escuchando sobre el efecto que tuvo la Marcha de los Cuatro Suyos en el retorno a la democracia (marcha a la que no fui, porque tenía cuatro años), y luego vi cómo la marcha contra la llamada "ley Pulpín" hizo retroceder a las autoridades. Esas experiencias me convencieron de que los ciudadanos en la calle pueden hacerse escuchar. En mi caso, participo en estas marchas porque mantengo una postura crítica frente a un sistema político y económico que parece fallarle constantemente a la gente.



# pie de página

Comité editorial

**Juan Carlos García Vargas**

**Fernando Iriarte Montañez**

**Alonso Rabí do Carmo**

**Carlos De la Puente Arbaiza**

Diseñador

**Gino Santoro**

Revista del Programa de  
Estudios Generales de la  
Universidad de Lima

PIE DE PÁGINA NÚMERO 2